

LA FUNDACIÓN DEL CANON

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Demos el alfabeto a todos los hombres, avancemos hacia nuestra utopía.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

En una conferencia dictada el 28 de agosto de 1926 en la ciudad de Buenos Aires, publicada dos años más tarde como capítulo inicial del primer libro importante de Pedro Henríquez Ureña para la historia de la crítica literaria hispanoamericana,²⁰ se encuentra la formulación original de las tesis centrales que posteriormente expondrá en sus dos obras mayores.²¹ Una significativa diferencia, sin embargo, separa lo que era todavía proyecto de lo que más tarde será palabra autorizada y en esa diferencia radica todo el poder de su discurso fundador.

No se trata, por supuesto, de los veinte años que separan *Seis ensayos* de las *Corrientes literarias*; es de por sí evidente que el tiempo deja su huella. Sólo con un criterio historiográfico se podría, por otra parte, considerar que esa significativa diferencia se sustenta en la impresionante cantidad de trabajos escritos y publicados que muestran su erudición y permiten marcar un desarrollo sistemático que pasa de las monografías (1905–1925) a la visión panorámica de la historia cultural e intelectual de América Latina (1926–1946). Pero ni la cronología ni la historiografía explican que se trata, más bien, de la

²⁰ Pedro Henríquez Ureña, *El descontento y la promesa. Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires: Babel, 1928).

²¹ Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (México: FCE, 1949). *Historia de la cultura en la América Hispánica* (México: FCE, 1947).

distancia que existe entre la búsqueda y el hallazgo, entre el proyecto del pionero y la ley del maestro.

En mayo de 1922, en una conferencia dictada ante el club de relaciones internacionales de la Universidad de Minnesota durante la invasión de Estados Unidos a la República Dominicana, Henríquez Ureña afirma que “ninguna nación tiene derecho a pretender civilizar a otra”. En este lejano antecedente puede presumirse ya ese esfuerzo de independencia intelectual que en los Seis ensayos se traduce en la formulación original de su tesis americanista: “acendrar nuestra nota expresiva, buscar el acento inconfundible”.²² Nada, en otras palabras, puede legitimar el ‘despotismo ilustrado’ de aquellos que apelan a la labor ‘civilizadora’ de la cultura europea, porque nada puede sustituir la autodeterminación de la particular identidad cultural de los pueblos. Nada, tampoco, puede justificar el que América Latina siga olvidando su propia historia en una especie de colonialismo interno que obstaculiza el autoconocimiento.

Este americanismo literario “enuncia las premisas de un estudio diferente de la literatura latinoamericana. Establece un objeto distinto”.²³ Este objeto está caracterizado por dos componentes complementarios que podrían sintetizarse en una misma denominación como ‘humanismo americano’. Por una parte, el arte ‘genuino’ tiene que ser “un esfuerzo noble para interpretar la

²² “El compartido idioma no nos obliga a perdernos en la masa de un coro cuya dirección no está en nuestras manos: sólo nos obliga a acendrar nuestra nota expresiva, a buscar el acento inconfundible. Del deseo de alcanzarlo y sostenerlo nace todo el rompecabezas de cien años de independencia proclamada; de ahí las fórmulas del americanismo, las promesas que cada generación escribe, sólo para que la siguiente las olvide o las rechace, y de ahí la reacción, hija del inconfesado desaliento, en los europeizantes.” Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, comps. Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978): 43.

²³ “En *Seis ensayos* Pedro Henríquez Ureña enuncia las premisas de un estudio diferente de la literatura latinoamericana. Establece un objeto distinto. De esa literatura, concebida como entidad autónoma, se revisará aquello que genuinamente nos represente y nos exprese como cultura peculiar, específica; así como todo aquello que contribuya a formar la utopía de América.” Javier Lasarte, “Pedro Henríquez Ureña y la renovación de la crítica y la historia literaria latinoamericanas”, en *Casa de las Américas* 150 (1985):160.

vida” o “esfuerzo que ayuda a la construcción espiritual del mundo”; pero junto a esta tradicional definición humanista del arte, Henríquez Ureña exigirá su complementación con el “carácter original de los pueblos” americanos. Es decir, con la comprensión de que la historia literaria latinoamericana tiene particularidades que no pueden ser completamente explicadas con criterios que ignoren “nuestros perfiles espirituales”.²⁴ El objeto de estudio que es la literatura latinoamericana ya tiene, en el americanismo literario de Henríquez Ureña, una primera formulación autónoma que permite considerarlo como un conjunto de textos cuya especificidad se sustentaría en una historia cultural común.

Ahora bien, ciertamente el americanismo literario constituye a la literatura latinoamericana como objeto, pero lo hace no sólo sustentando su unidad en la cultura que la engloba, sino también proponiendo una hipótesis de lectura que atraviesa las obras que Henríquez Ureña analiza y reuniéndolas como producto de un trabajo realizado por el sujeto de esa cultura. Por debajo de la periodización tradicional (generaciones, corrientes estilísticas) que recorre el trabajo de las *Corrientes*, hay una sobredeterminación de las transformaciones históricas que Henríquez Ureña inserta para hacer “posible la diferenciación de fases y períodos”.²⁵ Más aún, al incluir —inclusive haciéndolo casi al margen— expresiones como la arquitectura y la pintura, ya no se limitará a periodizar los textos; el comparar la relación entre distintos tipos discursivos incorporándolos a la historia latinoamericana requiere pasar de la expresión americana al intelectual americano. Es decir, encontrar al sujeto de su tesis culturalista.

²⁴ “No pongo la fe de nuestra expresión genuina solamente en el porvenir; creo que por muy imperfecta y pobre que juzguemos nuestra literatura, en ella hemos grabado, inconscientemente o a conciencia, nuestros perfiles espirituales. Estudiando el pasado, podremos entrever rasgos del futuro; podremos señalar orientaciones.” Henríquez: *Obra crítica*, 324.

²⁵ “Es la idea de la colonia y la nueva sociedad que origina, de la Emancipación y la formación de la nacionalidad, la de la Modernidad, y del modo en que las ideas literarias o artísticas se insertan en ese devenir histórico, lo que hace posible la diferenciación de fases o períodos.” Lasarte: *Renovación*, 162.

Dada esta búsqueda de identidad, sólo la noción de letrado, estrechamente ligada al proceso de urbanización y a la consolidación de los Estados nacionales en América Latina, posibilita imaginar un programa protagonizado por los intelectuales concebidos como profetas culturales de los pueblos americanos. Mientras en la formulación inicial de los *Seis Ensayos* la tesis del intelectual en busca de su propia expresión se limita a “las promesas que cada generación escribe”; en la formulación definitiva de las *Corrientes* el letrado tendrá como modelo a Sarmiento que “vivió pluma en mano” o a Martí: “el último de los grandes hombres de letras en la América Hispánica que fueron al mismo tiempo dirigentes políticos”.

Comenzando en los *Seis ensayos* pero sólo alcanzando su potencial explicativo en las *Corrientes*, un flujo común corre bajo el discurso: el programa intelectual del americanismo tendrá como agente exclusivo al letrado y sus modelos son Bello, Rodó, Martí, Hostos, pero sobre todo Sarmiento. La defensa de Sarmiento como pionero de la cultura y de “la regeneración del pueblo mediante la educación” se basa en lo que Henríquez Ureña mismo denomina “prodigioso catálogo de sus hazañas”, es decir, la cronología de la fundación de la tradición intelectual moderna. El elogio a Sarmiento representa, en un mismo gesto ideológico, la defensa de la construcción del Estado liberal, la eficacia del alfabeto y el argumento central para la construcción del canon hispanoamericano por su valor educativo.²⁶

Pasar de proyectar un canon a defender una particular realización del mismo requería, por tanto, algo más que la autoridad personal del crítico; exigía la formación de un sujeto que sea el agente legitimador de ese gesto fundamental de política cultural. Este sujeto era el intelectual letrado y su instrumento

²⁶ “En la lectura de Henríquez Ureña, Sarmiento aparece como la figura paradigmática que integra la eficacia política y la eficacia de las letras, la educación y la actuación pública.” Arcadio Díaz-Quinones, “Pedro Henríquez Ureña: la persistencia de la tradición” en *Revista de crítica literaria latinoamericana* 33 (1991): 27.

de operación era el alfabeto, concebido, claro está, como fuente de toda la cultura.²⁷

Así, mientras en los *Seis ensayos* la modernidad cultural era todavía un proyecto resultado de la voluntad intelectual de nuestros 'clásicos', proyecto que Henríquez Ureña recoge como el criterio axiológico implícito en "los nombres centrales y libros de lectura indispensables";²⁸ esa misma modernidad en las *Corrientes* se convierte en la fuente de la autoridad intelectual por su directa relación con las otras modernidades: "el voto efectivo", "la independencia económica". Ahora bien, ¿está este 'desarrollo social de la modernidad' necesariamente ligado al sustento teórico del pensamiento literario modernizante de Henríquez Ureña; es este 'desarrollo' el que posibilita que ese pensamiento se convierta en discurso fundador de la crítica literaria hispanoamericana?

"La cultura crece con el desarrollo material" y permite, así, preservar a la 'comunidad interpretativa' como homogeneizadora de la identidad cultural una vez que ésta ha sido conquistada, seducida y constituida en público por los intelectuales;²⁹

²⁷ "Sigo impenitente en la arcaica creencia de que la cultura salva a los pueblos. Y la cultura no existe, o no es genuina, cuando se orienta mal, cuando se vuelve instrumento de tendencias inferiores, de ambición comercial o política, pero tampoco existe, y ni siquiera puede simularse, cuando le falta la maquinaria de la instrucción. No es que la letra tenga para mí valor mágico. La letra es sólo un signo de que el hombre está en camino de aprender que hay formas de vida superiores a la suya y medios de llegar a esas formas superiores. Y junto a la letra hay otros, también seguros: el voto efectivo, por ejemplo, o la independencia económica." Henríquez: *Obra crítica*, 194.

²⁸ "Noble deseo, pero grave error cuando se quiere hacer historia, es el que pretende recordar a todos los héroes. En la historia literaria el error lleva a la confusión. Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura indispensables. Dejar en la sombra populosa a los mediocres; dejar en la penumbra a aquellos cuya obra pudo haber sido magna, pero quedó a medio hacer: tragedia común en nuestra América. Con sacrificio y hasta injusticias sumas es como se constituyen las constelaciones de clásicos en todas las literaturas." Henríquez: *Utopía*, 47.

²⁹ "Nuestros escritores nunca han dejado de tener un público lector: si no es más numeroso la falta está en el analfabetismo y en la pobreza de gran parte de nuestra población; y, por lo que toca a nuestros poetas, tienen proporcionalmente muchos más lectores que los de cualquier otro país de cultura occidental." Henríquez: *Corrientes*, 189.

no/ser un aut
letra
con legos

porque cuando “*empieza a constituirse la profesión literaria, con ella debieran venir la disciplina, el reposo que permite los graves empeños*”. Si la academia y las editoriales de México y Buenos Aires son la prueba de la madurez institucional en el proyecto de los *Seis ensayos*, la *Historia de la cultura* describirá la ocupación de la cultura europea en América en su conjunto como una hazaña civilizadora; y por tanto, a pesar de los matices que él mismo incorpora, persistirá en toda la obra de Henríquez Ureña la convicción de que la cultura americana tiene su raíz fundamental en Europa.³⁰

No se trata, por tanto, de que la convicción que Henríquez Ureña tenía en las instituciones como sustento de la tradición cultural se modifique entre los *Seis ensayos* y la *Historia de la cultura*; al contrario, ésta tradición no hace sino profundizarse: es la forma institucional misma la que aparece en sus obras últimas como posibilidad de existencia de la cultura americana.³¹

³⁰ “No sólo escribimos el idioma de Castilla, sino que pertenecemos a la Roma-
nia, la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura,
descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad; pertenecemos —según la
repetida frase de Sarmiento— al Imperio Romano.” Henríquez: *Utopía*, 42.

“Pertenecemos al mundo occidental: nuestra civilización es la europea de los
conquistadores, modificada desde el principio en el ambiente nuevo... Tenemos el
derecho —herencia no es hurto— a movernos con libertad dentro de la tradición
española, y, cuando podamos, a superarla. Todavía más: tenemos derecho a todos los
beneficios de la cultura occidental.” Henríquez: *Utopía*, 53.

³¹ “Resta aún un problema de difícil solución: ¿por qué, si hubo abundan-
te capacidad y conocimiento, nuestro mundo colonial produjo mucha menos obra
duradera de la que hubiera sido de esperar? Por lo que toca a la ciencia, las razones
no parecen difíciles de señalar: los fundamentos teóricos eran menos amplios que la
aptitud y los recursos para la investigación de los hechos naturales. Pero en litera-
tura, ¿por qué no pasaron las colonias de ser sino rivales inferiores de sus capitales
europeas durante el principal periodo creador de la literatura hispánica, el que va
de 1500 a 1660, desde los tiempos de Fernando de Rojas y Gil Vicente a los de
Gracián y Mello? Una de las razones es que las colonias, desde el punto de vista de
la cultura europea, tenían población muy escasa. El número efectivo de habitantes
de los dos vastos imperios coloniales apenas excedía al de España y Portugal juntas
y, como sabemos, sólo un décima parte eran de origen europeo o habían adoptado
plenamente las costumbres de Europa. De esta suerte, la literatura, en el sentido
europeo, quedó confinada a una minoría más pequeña que en España o Portugal.
Además, una especie de timidez ataba al pensamiento colonial, que se sentía obli-
gado a esperar una señal de la distante metrópoli acerca de “cómo debían hacerse
las cosas”. Prohibiciones como la que afectaba a las novelas apretaban más el cerco.
Y la limitación de los medios de impresión, debida en parte a la escasez de lectores,

En otras palabras, no solamente son la institución del intelectual letrado o el aparato estatal de educación los que ocupan el terreno del desarrollo cultural, es el proceso de institucionalización *per se* el que garantiza que ese desarrollo se mantenga. Por consiguiente, las *Corrientes literarias* y la *Historia de la cultura* son, en sí mismas, por su calidad institucional, la prueba de que la canonización de la cultura latinoamericana es al mismo tiempo el acto fundador de su modernidad: su existencia sólo se realiza cuando un discurso consciente de sí mismo la periodiza, la sistematiza, la clasifica.

La modernidad cultural de Henríquez Ureña, por consiguiente, no se encuentra únicamente en sus concepciones sobre el rol del intelectual o en sus caracterizaciones de la historia cultural americana; ella trabaja, sobre todo, por su misma práctica canónica, por su voluntad bautismal. Su, por ejemplo, implícito y permanente debate con Menéndez y Pelayo sobre la historia de la literatura latinoamericana³² no se limita a nombres más o menos —que en Henríquez Ureña son ciertamente pocos y escogidos— ni al asunto de las influencias latinas; este debate forma uno de los sustratos que permiten concebir su obra como el dilema que la canonización enfrenta cuando institucionaliza una práctica y que Henríquez Ureña resuelve acudiendo a una figura retórica: “Nuestra vida espiritual tiene derecho a sus dos fuentes, la española y la indígena. Pero las fuentes no son el río. El río es nuestra vida”. El río de la historia literaria, de la historia de la cultura, tal como es encauzado por el intelectual que es su “expresión genuina”.³³

produjo una situación peculiar, en la que el autor nunca estaba seguro de alcanzar un público o, si sus obras circulaban en manuscrito, sólo podía contar con un auditorio provinciano. Acabando la era colonial hubo una franca rebelión, pero el esfuerzo se gastó en polémicas, no en labor creadora.” Henríquez: *Corrientes*, 93.

³² “La rebusca de imitaciones puede degenerar en manía. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que no sabía discernir dónde residía el carácter americano como no fuera en la pincelada exterior y pintoresca (se le escondían los rasgos espirituales), tuvo la manía de sorprender reminiscencias de Horacio en todas partes.” Henríquez: *Utopía*, 54.

³³ “La expresión genuina a que aspiramos no nos la dará ninguna fórmula, ni siquiera la del “asunto americano”: el único camino que a ella nos llevará es el que siguieron nuestros pocos escritores fuertes, el camino de perfección, el empeño de

Si la modernidad cultural requería la construcción del intelectual como sujeto de la 'hazaña modernizante' y, por consiguiente, la elaboración de un modelo de este sujeto a través de un canon bautismal en los nombres de Bello, Sarmiento, Martí, Hostos, Rodó y Darío, y a través de la obra misma de Henríquez Ureña; indiscutiblemente esto no era suficiente. A esa condición necesaria debía añadirse un mapa cognitivo, es decir, una historización del recorrido de las tendencias literarias y un señalamiento de sus objetivos deseables. Este 'mapa' —esta hipótesis de lectura— no fue otro que las 'fórmulas del americanismo' tal como están esbozadas en *Seis ensayos* y, más tarde, reformuladas a manera de tesis en su *Historia de la cultura*.

Las fórmulas del americanismo en los Seis ensayos se inician con un examen de las principales soluciones propuestas y ensayadas para el problema de nuestra expresión en literatura: la descripción de la naturaleza, el indigenismo, el criollismo o nacionalismo y la imitación de los estilos europeos, y aunque mantiene una 'nota pesimista',³⁴ reafirma su fe en la síntesis americana como fórmula armónica que resuelve todos los conflictos de la "expresión vívida que perseguimos".³⁵

Si se entiende al americanismo como la conjunción de fórmulas para la independencia intelectual de América respecto a Europa al mismo tiempo que como guía para la au-

dejar atrás la literatura de aficionados vanidosos, la perezosa facilidad, la ignorante improvisación, y alcanzar claridad y firmeza, hasta que el espíritu se revele en nuestras creaciones acrisolado, puro." Henríquez: *Utopía*, 56.

³⁴ "El arte y la literatura de nuestros días apenas recuerdan ya su antigua función trascendental; sólo nos va quedando el juego... Y el arte reducido a diversión, por mucho que sea diversión inteligente, pirotecnia del ingenio, acaba en hastío." Henríquez: *Utopía*, 44

³⁵ "Cada grande obra de arte crea medios propios y peculiares de expresión; aprovecha las experiencias anteriores, pero las rehace, porque no es una suma, sino una síntesis, una invención... Si las artes y las letras no se apagan, tenemos derecho a considerar seguro el porvenir. Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas, y no tendremos por qué temer el sello ajeno del idioma en que escribimos, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español." Henríquez: *Utopía*, 40, 44, 45.

tonomía del intelectual respecto al Estado nacional, sólo las tesis implícitas de *Historia de la cultura* satisfacen ambas condiciones. Lo cual conlleva, inevitablemente, que tanto la independencia como la autonomía resulten inseparables del conocimiento de la especificidad cultural latinoamericana. El mapa cognitivo de Henríquez Ureña, por consiguiente, no se limita a la historia y los objetivos deseables de la literatura latinoamericana, sino que se extiende hasta la caracterización de nuestra cultura como resultado de la unidad política para poder incorporar su noción de intelectual americano a un contexto consistente con su 'utopía'.

Las tesis centrales del americanismo en la *Historia de la cultura* son la educativa, la social y la política. Henríquez Ureña resalta la creación de colegios, universidades, editoriales y publicación de libros desde la colonia; sostiene que la mestización cultural es la base de la cultura americana de su tiempo,³⁶ y afirma que la modernización de América es resultado de la importación de doctrinas, la formación de la clase media y la urbanización que todo esto requiere. En otras palabras, la *Historia de la cultura* es la historia de la institucionalización de la civilización occidental dentro de esa particular situación histórica que es América Latina. Ciertamente, haber pasado de la caracterización de un estilo literario propio como fórmula de americanismo a las elaboradas tesis que se sustentan en el desarrollo cultural del aparato estatal y de la sociedad civil, demuestra que Henríquez Ureña se basaba en la noción de una evolución cultural como un ascenso desde la

³⁶ Cito como ejemplo un párrafo que puede encontrarse, con variaciones menores, en muchas obras de Henríquez Ureña:

"La cultura que españoles y portugueses implantan en el Nuevo Mundo no podía, desde luego, mantenerse idéntica a su tipo de origen. Ante todo, el simple trasplante obligaba a los europeos a modificarla inconscientemente para adaptarla a nuevos suelos y nuevas condiciones de vida... Además, las culturas indias ejercieron influencias muy variadas sobre los europeos trasplantados. La Conquista decapitó esas culturas nativas: hizo desaparecer la religión, las artes, la ciencia, la escritura; pero sobrevivieron muchas tradiciones locales en la vida cotidiana y doméstica. Hubo fusión de elementos europeos y elementos indígenas, que dura hasta nuestros días." Henríquez: *Obras completas*, vol. X, 347.

producción intelectual indistinguible de la vida social hasta su articulación autónoma respecto de las instituciones estatales.

Si puede resumirse todo el esfuerzo de Henríquez Ureña en la elaboración de ese mapa cognitivo y de ese modelo del intelectual americano, su culminación radicaría, ciertamente, en la capacidad que tendría la cultura americana tanto de reconciliarse con la universalidad como con su propia tradición. De acá que la obra de Henríquez Ureña enfatice la continuidad, la permanencia, la formación de una tradición cultural cuya travesía puede recorrerse a partir de los nombres canónicos de sus intelectuales; de acá también que la modernidad americana sea medida en términos de su asimilación de la cultura europea; de acá, finalmente, que el acento de la lógica de interpretación de la literatura latinoamericana esté en sus equivalencias continentales y no en las especificidades nacionales.

Quizá una paráfrasis del párrafo final de su *Historia de la cultura*, permitiría concluir señalando que la obra de Henríquez Ureña ha colocado a la crítica literaria hispanoamericana en la vanguardia de la crítica moderna y que, sin duda, él figura como uno de los pocos intelectuales responsables de nuestra contemporaneidad.

Esta conclusión, sin embargo, esquiva uno de los ángulos más conflictivos de la obra de uno de los fundadores de la crítica hispanoamericana. La filología como método de análisis literario, que se apoya en el estudio de las figuras retóricas y métricas para concluir en valoraciones de la literatura como expresión de la subjetividad del autor, encierra a Henríquez Ureña en discusiones de influencias o lo deriva hacia apreciaciones notablemente estereotípicas. Y aunque Henríquez Ureña conocía, por ejemplo, la obra de Ferdinand de Saussure mucho antes de ser traducida por Amado Alonso, su conceptualización del lenguaje es todavía demasiado limitada como para que le hubiera permitido romper con la tradición filológica con la que tantos

de sus contemporáneos (Alfonso Reyes, Amado Alonso) trabajaban y a la que habían convertido en "cuestión oficial".³⁷

Pero precisamente éste que ahora podríamos llamar límite filológico, con todos sus excesos 'expresivos' sobre la 'subjetividad del poeta',³⁸ es lo que convierte a Henríquez Ureña en un intelectual que, habiendo trabajado dentro de las fronteras intelectuales de su momento pudo, al mismo tiempo, romper varias de sus limitaciones epistemológicas y proyectar un discurso fundador. Hubiera bastado la determinación del nuevo objeto de estudio: la literatura latinoamericana, para que ese discurso fuera una piedra fundamental. Pero Henríquez Ureña recorrió todos los requisitos que requiere la elaboración de una historia de la cultura latinoamericana para poder explicar la especificidad del nuevo objeto. Definió un sujeto de esa historia: el intelectual, y estatuyó un canon cuyo diseño estaba íntimamente relacionado con todo el proceso político y social de la modernidad cultural. Pero, sobre todo, propuso unos criterios canónicos que puso en práctica en su propia obra y que, como 'fórmulas' del americanismo literario, permitían determinar las relaciones existentes entre la literatura, la cultura y la historia latinoamericanas. Quizá aquí puede encontrarse la radicalidad de su desafío: es tan contemporáneo nuestro como de su propio tiempo.

³⁷ "Cuando la sociedad se desarrolla en poder y en cultura, la lengua de las clases dominantes se difunde, se multiplica, se convierte en motivo de atención pública; la escritura ayuda a fijarla. Por fin se escriben gramáticas que ayuden a fijar las normas que se consideren "mejores" y la enseñanza del Estado las impone: se hace de la lengua culta una cuestión oficial." Henríquez: *Obra crítica*, 122.

³⁸ "He aquí poesía para embriagarnos en ella. Para mecernos, abandonando la voluntad plenamente, en el vértigo suave de la claridad y la melodía infinitas; para ascender, luego, por la escala espiritual del éxtasis. Con lento y eficaz sortilegio, su mar sonoro y su niebla fosforescente nos apartarán del mundo de las diarias apariencias, y sólo quedará, para nuestro espíritu absorto, la esencia pura de la luz y la música del mundo." Henríquez: *Obra crítica*, 219.